

¿JÓVENES CON FUTURO EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XXI? LOGROS Y FRACASOS EN ACCESO A LA EDUCACIÓN Y AL TRABAJO (2004–2014–2024)

*Agustín Salvia y Juana Gordo Llobell **

Resumen

Este trabajo analiza las transformaciones y persistencias en las trayectorias educativas y laborales de los jóvenes de 18 a 24 años en la Argentina urbana entre 2004 y 2024, a partir de datos de la EPH-INDEC. Desde una perspectiva estructural, el estudio examina cómo el origen social, el género y las condiciones familiares configuran oportunidades desiguales de inclusión educativa y laboral. Los resultados muestran una expansión sostenida de la escolarización y una mayor prolongación de las trayectorias educativas, especialmente entre las mujeres, sin que ello se traduzca en una reducción equivalente de las desigualdades estructurales. La inserción laboral juvenil aparece como un proceso segmentado y frecuentemente forzado, más asociado a estrategias de supervivencia que a trayectorias de inclusión sostenida. Asimismo, si bien se observa una disminución del fenómeno de jóvenes que no estudian ni trabajan, persiste un núcleo significativo de exclusión concentrado en los sectores más vulnerables y en jóvenes con responsabilidades de cuidado. En conjunto, los hallazgos cuestionan la idea de transiciones juveniles lineales y destacan la persistencia de desigualdades estructurales en el pasaje entre educación, trabajo y autonomía.

Palabras clave:

Juventudes - Inserción educativa y laboral - Desigualdades sociales y género - Transiciones juveniles

Abstract

This paper analyzes the transformations and continuities in the educational and labor trajectories of young people aged 18 to 24 in urban Argentina between 2004 and 2024, based on data from the EPH-INDEC. From a structural perspective, the study examines how social origin, gender, and family conditions shape unequal opportunities for educational and labor inclusion. The results show a sustained expansion of schooling and a longer educational trajectory, especially among women, without this translating into an equivalent reduction in structural inequalities. Youth labor market entry appears to be a segmented and often forced process, more associated with survival strategies than with sustained inclusion trajectories. Likewise, although there has been a decrease in the number of young people who neither study nor work, a significant core of exclusion persists, concentrated in the most vulnerable sectors and among young people with care responsibilities. Taken together, the findings challenge the idea of linear youth transitions and highlight the persistence of structural inequalities in the passage between education, work, and autonomy.

Keywords:

Youth - Educational and labor market integration - Social and gender inequalities - Youth transitions

* Investigadores del programa Observatorio de la Deuda Social Argentina, en la Universidad Católica Argentina. Los autores agradecen la colaboración y participación de Eduardo Donza en la elaboración de este trabajo, así como la asistencia técnica de Rocío Giménez Lovazzano.

¿JÓVENES CON FUTURO EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XXI? LOGROS Y FRACASOS EN ACCESO A LA EDUCACIÓN Y AL TRABAJO (2004–2014–2024)

*Agustín Salvia y Juana Gordo Llobell **

1. Introducción

Las trayectorias de vida de los jóvenes en la Argentina del siglo XXI se desarrollan en un contexto atravesado por profundas transformaciones económicas, sociales y demográficas que han redefinido las condiciones de acceso a la educación, al trabajo y a la autonomía personal. La transición entre la formación y el mundo del trabajo, que en otros períodos históricos se concebía como un pasaje relativamente lineal y previsible, se ha vuelto progresivamente más prolongada, fragmentada e incierta. En este marco, solo una fracción de los jóvenes logra articular trayectorias educativas completas con una inserción laboral relativamente estable, mientras que amplios sectores enfrentan recorridos marcados por la precariedad, la intermitencia o la exclusión persistente.

Lejos de constituir un grupo social homogéneo, la juventud debe entenderse como un conjunto de trayectorias diferenciadas, estructuralmente condicionadas por el origen social, el género, el territorio y las condiciones familiares. Tal como señalan distintos enfoques críticos en América Latina y el Caribe, no existe “una” juventud, sino múltiples juventudes, cuyas oportunidades y horizontes de vida se configuran de manera desigual en función de las posiciones que los individuos ocupan en la estructura social (Filgueira, 2001; Weller, 2006; CEPAL, 2018). Desde esta perspectiva, las transiciones juveniles no pueden analizarse exclusivamente como decisiones individuales ni como resultados del esfuerzo o el mérito personal, sino como procesos socialmente estructurados.

En el contexto latinoamericano, la expansión educativa registrada en las últimas décadas no se ha traducido de manera automática en una mejora equivalente de las oportunidades laborales. Diversos estudios han mostrado que, si bien las generaciones jóvenes presentan mayores niveles de escolarización que las precedentes, continúan enfrentando mercados de trabajo altamente segmentados, con elevados niveles de informalidad, bajos salarios y escasa protección social (Tokman, 2004; Weller, 2006; CEPAL-OIT, 2021). En este escenario, la educación opera como un factor necesario pero no suficiente para garantizar trayectorias de inclusión social, reproduciéndose brechas persistentes asociadas al origen socioeconómico y al género.

La literatura regional ha subrayado de manera consistente el papel del origen social en la determinación de las trayectorias juveniles. Los jóvenes provenientes de hogares de bajos ingresos suelen enfrentar mayores probabilidades de abandono escolar temprano, inserciones laborales precarias y períodos prolongados de inactividad o desempleo, incluso cuando logran completar niveles educativos formales (Filgueira & Mieres, 2011; Saraví, 2015). Estas desigualdades se ven reforzadas por la segmentación

* Investigadores del programa Observatorio de la Deuda Social Argentina, en la Universidad Católica Argentina. Los autores agradecen la colaboración y participación de Eduardo Donza en la elaboración de este trabajo, así como la asistencia técnica de Rocío Giménez Lovazzano.

de los sistemas educativos, la heterogeneidad en la calidad de la oferta formativa y la débil articulación entre educación y empleo.

A estas brechas de clase se superponen desigualdades de género que configuran trayectorias diferenciadas entre varones y mujeres jóvenes. Numerosos estudios en América Latina muestran que las mujeres presentan mayores niveles de escolarización, pero enfrentan menores tasas de participación laboral y mayores probabilidades de inactividad, en gran medida asociadas a la asignación desigual de las tareas de cuidado y trabajo doméstico no remunerado (CEPAL, 2019; Abramo, 2021). En contextos de pobreza, estas desigualdades se intensifican, dando lugar a lo que algunos autores describen como autonomías truncas: jóvenes mujeres con capital educativo potencial, pero sin las condiciones materiales, institucionales y sociales necesarias para sostener trayectorias de independencia económica y social.

En la Argentina, estas dinámicas adquieren rasgos específicos. Durante las últimas dos décadas, el país experimentó una significativa expansión del sistema educativo, con mejoras en la terminalidad del nivel secundario y un aumento en el acceso a la educación superior. Sin embargo, estos avances conviven con elevados niveles de precariedad laboral juvenil, una persistente informalidad y fuertes desigualdades en las oportunidades de inserción según estrato socioeconómico, género y territorio (Salvia & Tuñón, 2006; Salvia, 2008). La transición entre la escuela y el trabajo continúa siendo particularmente problemática para los jóvenes de sectores populares, quienes enfrentan mayores probabilidades de combinar abandono educativo, inserciones laborales inestables y períodos prolongados fuera tanto del sistema educativo como del mercado de trabajo.

En este marco, el presente capítulo se propone analizar los cambios y continuidades en las oportunidades de inclusión educativa y laboral de los jóvenes de 18 a 24 años en la Argentina urbana durante los últimos veinte años, a partir de una comparación histórica entre los años 2004, 2014 y 2024. El análisis pone el foco en los factores sociales, familiares y demográficos asociados a las trayectorias de inserción socioeducativa, con especial atención a las desigualdades estructurales de clase y género que limitan las posibilidades de desarrollo de los jóvenes más vulnerables.

El aporte central de este trabajo radica en mostrar que, aun en un contexto de expansión educativa y de ciertas mejoras agregadas en los indicadores juveniles, la inserción educativa y laboral continúa estando atravesada por una inestabilidad estructural persistente y por barreras sociales profundamente arraigadas. Los resultados confirman que no existe una trayectoria juvenil “típica” ni un camino lineal hacia la inclusión, sino un conjunto de recorridos diferenciados, condicionados por la posición social de origen, el género y las responsabilidades familiares. En este sentido, la persistencia de un núcleo significativo de jóvenes que no estudian ni trabajan no puede interpretarse como un problema individual o coyuntural, sino como la expresión de desigualdades estructurales que siguen restringiendo el acceso efectivo a derechos educativos y laborales.

El capítulo se organiza de la siguiente manera. En el apartado 2 se presentan los antecedentes teóricos y conceptuales que enmarcan el análisis, recuperando los principales aportes de la literatura sobre transiciones juveniles, desigualdad social e inclusión educativa y laboral en América Latina. El apartado 3 describe la estrategia

metodológica, las fuentes de información y las variables utilizadas. El apartado 4 desarrolla el análisis empírico de los resultados, estructurado en cuatro subapartados: el primero examina las condiciones sociodemográficas y familiares de partida de las juventudes urbanas; el segundo analiza la inserción educativa y sus desigualdades; el tercero aborda la inserción laboral juvenil, poniendo en tensión las nociones de acceso e inclusión; y el cuarto examina la situación de los jóvenes que no estudian ni trabajan como expresión concentrada de exclusión socioeducativa. Finalmente, el apartado 5 presenta la discusión de los hallazgos, articulando los resultados empíricos con los debates teóricos y los discursos político-institucionales en torno a las juventudes y la desigualdad.

2. Antecedentes teóricos

Diversos estudios coinciden en señalar que la transición de los jóvenes entre el sistema educativo y el mercado de trabajo dejó de ser un proceso breve, lineal y previsible, para convertirse en una etapa prolongada, fragmentada y socialmente desigual. Lo que en décadas pasadas podía concebirse como un pasaje relativamente directo desde la finalización de los estudios hacia un primer empleo estable, hoy se caracteriza por trayectorias marcadas por la intermitencia, la precariedad y la coexistencia de períodos de estudio, trabajo, desempleo e inactividad.

En Europa, esta transformación ha sido ampliamente documentada por la literatura sobre transiciones juveniles. Andreu (2007) describe este escenario como una transición segmentada, en la que el ingreso al mercado laboral juvenil se vuelve crecientemente inestable y dependiente de factores estructurales como el origen social, el nivel educativo y el género. En este contexto, el desempleo y la precariedad dejan de ser fenómenos transitorios asociados al inicio de la vida laboral, para constituirse en rasgos persistentes de las trayectorias juveniles. Estudios más recientes, como los de Fabrizi et al. (2024) y Bussi et al. (2025), confirman que el capital familiar y las redes sociales continúan desempeñando un papel central en el acceso a empleos de calidad, incluso entre jóvenes con altos niveles educativos. De este modo, la educación mejora las oportunidades relativas, pero no logra neutralizar las desigualdades de origen.

En América Latina y el Caribe, estos procesos adquieren características específicas asociadas a la estructura productiva, la informalidad laboral y la debilidad de los sistemas de protección social. La región ha experimentado, en las últimas décadas, una expansión significativa de la escolarización juvenil, sin que ello se haya traducido en una mejora equivalente de las condiciones de inserción laboral. Tal como señala la CEPAL, los jóvenes latinoamericanos presentan mayores niveles educativos que las generaciones precedentes, pero enfrentan mercados de trabajo altamente segmentados, con elevados niveles de informalidad, bajos salarios y trayectorias laborales inestables (CEPAL, 2018; CEPAL-OIT, 2021). En este contexto, la educación opera como un factor necesario pero insuficiente para garantizar trayectorias sostenidas de inclusión social.

Desde una perspectiva sociológica crítica, distintos autores han enfatizado que no existe una juventud homogénea, sino múltiples juventudes atravesadas por desigualdades estructurales. En este sentido, Reguillo (2010) sostiene que la juventud debe ser entendida como una categoría relacional y socialmente situada, cuyas trayectorias están profundamente condicionadas por la clase social, el género y el territorio. De manera

convergente, Saraví (2010) plantea que las transiciones juveniles en América Latina se desarrollan en escenarios de “desigualdad persistente”, donde las oportunidades de movilidad social ascendente se encuentran estructuralmente limitadas para amplios sectores de jóvenes, aun cuando se registren avances educativos formales. Desde este enfoque, las trayectorias juveniles no pueden analizarse como elecciones individuales, sino como recorridos socialmente condicionados.

En esta misma línea, Salvia (2008) advierte que la denominada “cuestión juvenil” suele abordarse bajo sospecha, atribuyendo a la condición etaria problemas que tienen su origen en la estructura social. Concebir a los jóvenes como un colectivo homogéneo constituye, en este sentido, un obstáculo analítico, ya que invisibiliza las profundas desigualdades de clase, género y territorio que delimitan las oportunidades efectivas de transitar la juventud. Desde esta perspectiva, las dificultades de inserción educativa y laboral no expresan un déficit propio de los jóvenes, sino las restricciones objetivas que enfrentan para construir proyectos de vida viables en contextos de desigualdad persistente.

En esta misma línea, Weller (2006) destaca que la inserción laboral juvenil en América Latina se caracteriza por una fuerte segmentación, donde los jóvenes de sectores populares suelen incorporarse tempranamente al mercado de trabajo en condiciones precarias, mientras que aquellos provenientes de hogares de mayores ingresos prolongan sus trayectorias educativas y acceden posteriormente a empleos de mejor calidad. La informalidad estructural, la baja productividad y la débil articulación entre educación y empleo refuerzan estas brechas, limitando el potencial igualador de la educación.

En este sentido, resulta analíticamente relevante distinguir entre inserción laboral —entendida como acceso efectivo a un empleo— e inclusión laboral, asociada a trayectorias estables, con derechos, protección social y posibilidades de movilidad. Esta distinción permite problematizar enfoques que equiparan temprana incorporación al trabajo con integración social, invisibilizando los procesos de precarización juvenil.

Un aspecto central de estas desigualdades refiere a las brechas de género. Diversos estudios han mostrado que las condiciones familiares —particularmente la presencia de niños pequeños y la distribución desigual de las tareas de cuidado— operan como restricciones estructurales sobre las trayectorias juveniles, afectando la disponibilidad de tiempo, la continuidad educativa y la participación laboral, especialmente entre las mujeres jóvenes de sectores populares (CEPAL, 2019; Abramo, 2021).

Estudios regionales muestran que las mujeres jóvenes presentan, en promedio, mayores niveles de escolarización que los varones, pero menores tasas de participación laboral y mayores probabilidades de inactividad. Investigaciones como las de Repetto (2013) en Chile evidencian que detrás de la categoría de jóvenes que no estudian ni trabajan se esconden trayectorias heterogéneas, donde el embarazo adolescente, la maternidad temprana y la sobrecarga de tareas de cuidado explican una parte sustantiva de la exclusión femenina.

En esta línea, Becker-Bozo (2025) muestra que la intermitencia laboral y educativa constituye una experiencia habitual entre mujeres jóvenes de sectores populares, más que una anomalía o una elección voluntaria. En este sentido, la categoría de jóvenes que no estudian ni trabajan no remite a una condición homogénea ni a una decisión

individual, sino a trayectorias heterogéneas atravesadas por restricciones estructurales, responsabilidades familiares y fallas de articulación institucional, lo que obliga a analizarla en relación con los procesos educativos y laborales previos y no como un estado aislado.

El debate regional ha tendido a organizarse en torno a dos grandes enfoques. Por un lado, perspectivas centradas en el déficit de competencias educativas, que atribuyen las dificultades de inserción laboral juvenil a falencias formativas individuales. Por otro, enfoques estructurales que enfatizan el papel de la informalidad, la segmentación del mercado de trabajo y la desigual distribución de las responsabilidades de cuidado. La evidencia reciente sugiere que los programas de capacitación, cuando no se articulan con políticas de empleo, cuidado y transporte, tienen impactos limitados sobre las trayectorias juveniles, reforzando la necesidad de abordajes integrales.

En la Argentina, la inserción laboral juvenil combina los rasgos estructurales de la desigualdad latinoamericana con factores específicos del contexto nacional. Durante las últimas dos décadas, el país registró una expansión significativa de la educación secundaria y superior. Sin embargo, como muestran los datos de Argentinos por la Educación (2024), el acceso al nivel superior continúa estando fuertemente estratificado según el origen socioeconómico. Adrogué y García de Fanelli (2021) evidencian que los jóvenes provenientes de hogares de bajo nivel educativo y económico enfrentan menores probabilidades de ingreso y permanencia en la educación superior, reproduciendo brechas de capital cultural y social.

Los estudios de Pérez y Busso (2012) cuestionan la idea de que los jóvenes eligen voluntariamente trayectorias laborales precarias, mostrando que estas se encuentran condicionadas por la estructura del mercado de trabajo y por los recursos familiares disponibles. En los sectores populares, la transición entre la escuela y el trabajo se vuelve particularmente discontinua, con alternancia entre empleo informal, desempleo y retornos parciales al sistema educativo. Investigaciones posteriores, como las de Chitarroni (2005) y Sosa (2020), refuerzan esta perspectiva al mostrar que incluso entre quienes completan el nivel secundario persisten elevados niveles de precariedad laboral, y que las ventajas asociadas a la educación técnica se encuentran mediadas por el origen social y el territorio. En este sentido, Maturo (2014) subraya que la educación técnico-profesional puede constituir una vía relevante de inclusión laboral juvenil, aunque su impacto efectivo se ve limitado por la fragmentación de las políticas públicas y la débil articulación entre el sistema educativo y el mercado de trabajo.

Desde una mirada más estructural, Salvia y Tuñón (2006) y Salvia (2008) sostienen que la inserción laboral juvenil refleja de manera nítida las desigualdades de origen social, que la escuela tiende a reproducir al ofrecer trayectorias educativas segmentadas. Asimismo, la segregación socioespacial opera como un factor adicional de exclusión, al limitar el acceso a redes laborales, transporte y oportunidades educativas, independientemente de los logros individuales.

En relación con el género, Tuñón (2008) destacan que las mujeres jóvenes enfrentan una doble desventaja: menores tasas de participación laboral y una mayor carga de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado. En contextos de pobreza, estas responsabilidades suelen implicar la interrupción de trayectorias educativas y laborales, dando lugar a procesos de exclusión persistente. Estas dinámicas anticipan lo que

estudios recientes describen como “autonomías truncas”: trayectorias juveniles con potencial educativo, pero sin condiciones estructurales que permitan sostener la independencia económica y social.

De esta manera, la literatura internacional, regional y nacional converge en señalar que la inserción educativa y laboral juvenil constituye un proceso complejo, prolongado y profundamente desigual, atravesado por el origen social, el género y las condiciones familiares. Este marco teórico fundamenta la necesidad de analizar las trayectorias juveniles desde una perspectiva estructural y comparativa en el tiempo, que permita distinguir entre mejoras agregadas y persistencia de desigualdades, así como entre inserción y exclusión en sentido amplio. Sobre esta base se construye el análisis empírico que se desarrolla en los apartados siguientes.

3. Diseño metodológico

El capítulo adopta un diseño cuantitativo, comparativo e histórico orientado a describir y explicar los cambios en las trayectorias de inclusión educativa y laboral de las juventudes en la Argentina urbana durante las últimas dos décadas. En línea con el problema planteado, se asume que la transición entre formación y trabajo no opera como un pasaje homogéneo ni lineal, sino como un proceso diferenciado por desigualdades estructurales, en particular por origen social y género, y condicionado por arreglos familiares asociados a responsabilidades de cuidado, lo que da lugar a trayectorias juveniles heterogéneas y socialmente estratificadas, más que a un itinerario de transición único y normativo.

La evidencia empírica se construye a partir de microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH-INDEC), correspondientes al segundo semestre de los años 2004, 2014 y 2024. Se trata de una encuesta continua con representatividad para la población residente en aglomerados urbanos, que releva información sociodemográfica, educativa, ocupacional e ingresos del hogar. El universo de análisis está conformado por jóvenes de 18 a 24 años residentes en áreas urbanas. Este recorte etario se justifica por ser un tramo crítico de transición, en el que convergen el cierre —o interrupción— de la escolaridad secundaria, la eventual continuidad en el nivel superior y el ingreso —más o menos temprano— al mercado de trabajo.

El estudio compara tres cortes transversales (2004, 2014 y 2024) con el objetivo de identificar tendencias de mediano plazo en la inclusión juvenil. Complementariamente, cuando se analizan logros educativos en la población general, se incorporan cohortes ficticias (cortes por año de nacimiento) como estrategia descriptiva para aproximar diferencias generacionales en el acceso a credenciales educativas.

Para captar la heterogeneidad de las trayectorias juveniles y analizar los cambios en las oportunidades de inclusión social, el estudio operacionaliza la inserción educativa y laboral de los jóvenes a partir de tres dimensiones empíricas centrales, coherentes con la estrategia analítica desarrollada en el apartado de resultados. En primer lugar, se aborda la inserción educativa, entendida como la continuidad en el sistema educativo y el acceso al nivel superior, en tanto componente clave de las trayectorias de acumulación de credenciales y de las expectativas de movilidad social. En el análisis multivariado, esta dimensión se operacionaliza mediante una variable dicotómica que identifica la asistencia a estudios de nivel superior —universitario, terciario o de

posgrado—, codificada como 1 = asiste y 0 = no asiste, excluyendo a quienes ya han completado dicho nivel.

Esta decisión metodológica permite focalizar el análisis en las probabilidades de acceso y permanencia en la educación superior durante el tramo etario considerado, evitando sesgos derivados de trayectorias educativas ya concluidas, y responde a un enfoque que concibe a la educación como un recurso central, aunque no suficiente, para la inclusión social, cuyo rendimiento depende de las condiciones estructurales en las que se inscriben las trayectorias juveniles.

En segundo lugar, se analiza la inserción laboral, concebida como el acceso efectivo al empleo en un contexto caracterizado por mercados de trabajo segmentados e inestables. En este caso, la variable dependiente se define a partir de la condición de ocupación, considerando como evento de interés la situación de ocupado/a (1 = ocupado; 0 = desocupado o inactivo). Esta operacionalización resulta consistente con el objetivo de evaluar las probabilidades de acceso al trabajo, independientemente de la calidad del empleo, y permite captar tanto las barreras de entrada al mercado laboral como los desplazamientos hacia la inactividad forzada que afectan de manera diferencial a distintos grupos juveniles.

En tercer lugar, se incorpora una dimensión de inserción socioeducativa, orientada a identificar situaciones de exclusión persistente. Para ello, se construye un indicador en clave “NiNi”, que estima la probabilidad de no estudiar ni trabajar, codificando como 1 a quienes se encuentran fuera tanto del sistema educativo como del mercado laboral, y como 0 al resto de las situaciones. Esta variable busca captar trayectorias particularmente vulnerables, caracterizadas por la desconexión simultánea de los principales ámbitos institucionales de integración social en la juventud, evitando interpretaciones que asocien esta situación a decisiones individuales o desafección juvenil y enfatizando su carácter estructural y relacional. Su definición sigue criterios de depuración consistentes con el análisis del capítulo, excluyendo casos específicos — como jóvenes con nivel superior completo— cuando ello resulta metodológicamente pertinente, con el fin de evitar interpretaciones equívocas del fenómeno.

El análisis de estas tres dimensiones se centra en un conjunto de determinantes estructurales y factores asociados a las trayectorias de vida y a los arreglos familiares. Entre ellos se destacan como covariables explicativas principales el sexo y el origen social. El sexo se incorpora como una variable clave para dar cuenta de las desigualdades de género en las trayectorias educativas y laborales, ampliamente documentadas en la literatura, particularmente en relación con la participación laboral, la inactividad y las responsabilidades de cuidado. El origen social se operacionaliza a través del estrato socioeconómico del hogar, construido a partir de cuartiles del ingreso per cápita familiar (muy bajo, bajo, medio bajo y medio alto), y se utiliza como aproximación empírica a las desigualdades de clase que condicionan el acceso a recursos materiales, educativos y relacionales. Si bien se trata de una medida indirecta, el ingreso per cápita familiar constituye un proxy ampliamente utilizado para captar desigualdades de clase en estudios sobre juventud y transición educativa-laboral.

De manera complementaria, se incorporan covariables de control que permiten aislar los efectos de los determinantes principales y capturar aspectos relevantes de las trayectorias de vida. Entre ellas se incluye la edad, dentro del rango de 18 a 24 años, con

el fin de controlar por diferencias asociadas al momento del ciclo vital; la situación conyugal, como indicador de arreglos familiares y grados de autonomía; la asistencia educativa, incorporada en los modelos de inserción laboral para captar la tensión estructural entre permanencia en el sistema educativo e ingreso al mercado de trabajo; y la condición de ocupación, incorporada en los modelos de inserción educativa para considerar la inserción laboral temprana como posible factor de interrupción o postergación de la continuidad educativa. Asimismo, se incorpora la presencia de niños menores de seis años en el hogar como un indicador indirecto de responsabilidades familiares y de cuidado, particularmente relevante para analizar las restricciones que enfrentan las mujeres jóvenes en sus trayectorias educativas y laborales. En conjunto, este esquema analítico permite evaluar cómo operan las desigualdades de clase y género, así como su articulación con condiciones familiares y del ciclo de vida, sobre las probabilidades de inserción educativa, laboral y exclusión socioeducativa de los jóvenes.

Por otra parte, la estrategia metodológica combina dos niveles de análisis. En primer lugar, se desarrolla un análisis descriptivo orientado a reconstruir la estructura y las tendencias de las trayectorias juveniles. En este marco, se presentan distribuciones y cruces por año y sexo para caracterizar el perfil sociodemográfico y educativo de la población joven, la condición de actividad y las modalidades de inserción socioeducativa (solo estudia, solo trabaja, estudia y trabaja, no estudia ni trabaja). Esta etapa permite identificar cambios agregados y brechas persistentes, y proveer el contexto empírico necesario para la interpretación de los modelos multivariados.

En segundo lugar, se ajustan modelos de regresión logística binaria con el objetivo de estimar la incidencia neta de los factores estructurales sobre los resultados de inclusión y exclusión juvenil. Los resultados se reportan en términos de odds ratios ($\text{Exp}(B)$). Se estima una especificación general del tipo:

$$\ln \left(\frac{p}{1-p} \right) = \beta_0 + \sum_{i=1}^k \beta_i X_i$$

donde p representa la probabilidad del evento (asistencia a nivel superior, estar ocupado/a o encontrarse en situación NiNi) y X_i el conjunto de variables explicativas. Siguiendo esta especificación, se ajusta un modelo agrupado que incorpora el año mediante variables dummy (2014 y 2024, con referencia en 2004), con el fin de capturar cambios temporales netos. En paralelo, se presentan modelos estimados por año (2004, 2014 y 2024), lo que permite evaluar la estabilidad o variación de los determinantes estructurales bajo diferentes contextos político-económicos. Si bien se exploraron especificaciones con interacciones —por ejemplo, sexo \times estrato socioeconómico y sexo \times presencia de niños—, estas no aportaron mejoras sustantivas en términos de significación estadística ni de interpretación, por lo que se prioriza la presentación de modelos centrados en efectos principales.

Dado el carácter transversal de los datos, los hallazgos permiten identificar asociaciones consistentes y desigualdades estructurales persistentes en distintos momentos históricos, pero no establecer relaciones causales. Asimismo, dado que la EPH releva exclusivamente población urbana, las conclusiones del estudio refieren a juventudes residentes en aglomerados urbanos y no necesariamente generalizan al conjunto de la población juvenil rural.

4. Análisis de resultados

El análisis de resultados se organiza a partir de una perspectiva de trayectorias juveniles, entendidas como procesos dinámicos y socialmente condicionados que articulan, de manera no lineal, la educación, el trabajo y las situaciones de exclusión socioeducativa. En línea con el planteo teórico y metodológico del capítulo, el objetivo no es evaluar resultados aislados, sino reconstruir cómo se configuran y transforman las oportunidades de inclusión social de los jóvenes en función de desigualdades estructurales persistentes, particularmente aquellas asociadas al origen social, el género y los arreglos familiares vinculados al cuidado.

Con este propósito, el apartado se estructura en cuatro secciones. En primer lugar, se describen las condiciones estructurales de las juventudes urbanas argentinas entre 2004, 2014 y 2024, atendiendo a su perfil sociodemográfico y conyugal. En segundo lugar, se analizan los cambios y desigualdades en la inserción educativa, con foco en el acceso al nivel superior. En tercer lugar, se examina la inserción laboral juvenil, considerando tanto las tasas de ocupación como los factores que condicionan el acceso al empleo. Finalmente, se aborda la exclusión socioeducativa, a través del análisis del fenómeno de los jóvenes que no estudian ni trabajan (NiNi), interpretado como un resultado acumulado de trayectorias truncas y desventajas estructurales.

Esta estrategia busca articular análisis descriptivos y modelos multivariados para identificar no solo tendencias agregadas, sino también los mecanismos sociales que reproducen desigualdades en las trayectorias juveniles, evitando lecturas homogéneas o individualizantes de la experiencia juvenil.

4.1. Condiciones estructurales de partida: perfil sociodemográfico y familiar de las juventudes urbanas (2004–2024)

El análisis de las trayectorias juveniles exige comenzar por las condiciones estructurales de partida desde las cuales los jóvenes transitan la transición entre educación, trabajo y formas de exclusión socioeducativa. En este sentido, las juventudes urbanas de 18 a 24 años no constituyen un colectivo homogéneo: su peso demográfico, sus arreglos familiares y su posición dentro de los hogares configuran puntos de partida desiguales que condicionan las oportunidades efectivas de inclusión educativa y laboral.¹

En primer lugar, el contexto demográfico muestra una reducción relativa del peso del grupo juvenil en la estructura poblacional urbana. La Tabla 1 evidencia que la proporción de jóvenes de 18 a 24 años desciende de 12,8% en 2004 a 10,7% en 2024, en un proceso consistente con el envejecimiento demográfico. Si bien este cambio no determina por sí mismo las trayectorias individuales, sí opera como un telón de fondo estructural, reconfigurando el volumen relativo de la población juvenil y el marco en el cual se producen las transiciones hacia la vida adulta.

¹ La literatura latinoamericana coincide en señalar que las trayectorias juveniles se encuentran condicionadas por desigualdades estructurales de clase, género y territorio, lo que impide concebir a las juventudes como un grupo social homogéneo (Filgueira, 2001; Weller, 2006; Saraví, 2015; CEPAL, 2018).

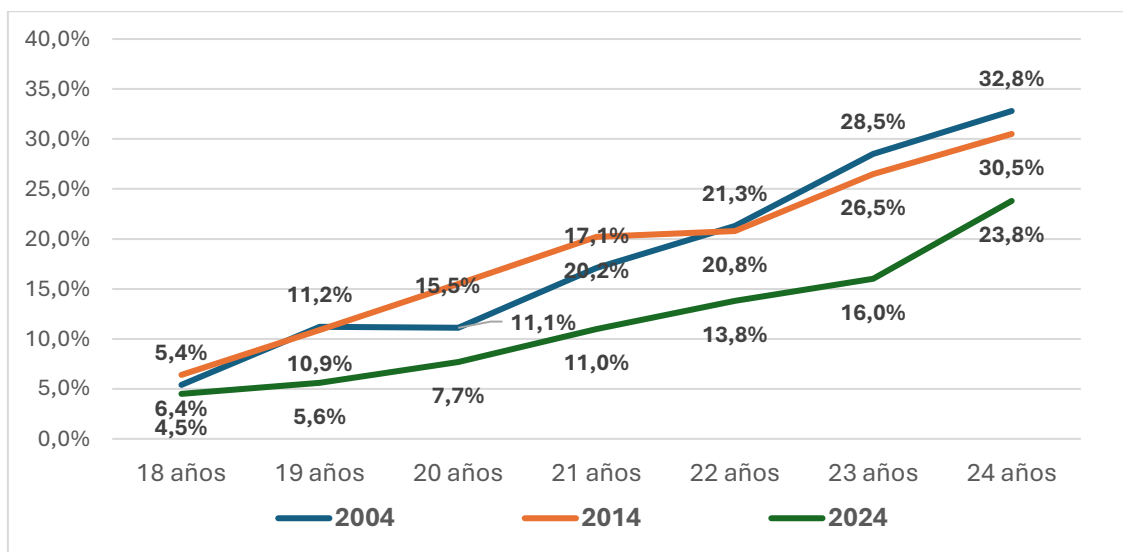
Tabla 1. Porcentaje de jóvenes de 18 a 24 años sobre el total de la población según cohorte generacional. Años 2004, 2014 y 2024. En porcentajes.

	2004	2014	2024
Menores de 18 años	30,4%	29,7%	27,0%
Jóvenes de 18 a 24 años	12,8%	12,2%	10,7%
Mayores de 24 años	56,8%	58,1%	62,3%
Total	100%	100%	100%

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

En este contexto, las condiciones familiares constituyen un eje central para comprender las trayectorias juveniles, particularmente por su vínculo con responsabilidades de cuidado y con la organización cotidiana del tiempo. En este sentido, el Gráfico 1 introduce una dimensión clave del análisis al mostrar el porcentaje de jóvenes de 18 a 24 años unidos o casados según edad, permitiendo observar cómo se modifican los calendarios conyugales a lo largo del ciclo juvenil y entre cohortes temporales (2004, 2014 y 2024). Metodológicamente, este enfoque etario permite captar no solo cambios en los niveles agregados, sino también desplazamientos en el momento del curso de vida en que se producen las transiciones familiares.²

Gráfico 1. Jóvenes de 18 a 24 años unidos o casados por edad según cohorte generacional. Años 2004, 2014 y 2024. En porcentajes.



Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

El gráfico muestra, en primer lugar, una disminución sistemática de la proporción de jóvenes que viven en pareja a lo largo del tiempo, para todas las edades entre los 18 y los 24 años. En 2004, la conformación de pareja aparece más tempranamente y con mayor intensidad, especialmente a partir de los 21–22 años. En 2014 este patrón se atenúa, mientras que en 2024 la proporción de jóvenes unidos o casados es sensiblemente menor en todas las edades, confirmando un proceso sostenido de postergación de la vida conyugal. En segundo lugar, esta postergación no es homogénea

² El análisis por edad permite captar desplazamientos en los calendarios del curso de vida y procesos de transformación de las transiciones juveniles, ampliamente documentados por la sociología de la juventud y el enfoque del *life course* (Recio Andreu, 2007; Saraví, 2010).

a lo largo del ciclo juvenil, sino que se intensifica en las edades superiores. Mientras que a los 18 y 19 años las diferencias entre cohortes temporales son relativamente acotadas, a partir de los 21 años la brecha entre 2004 y 2024 se amplía de manera marcada. A los 24 años, el porcentaje de jóvenes en pareja en 2024 se ubica muy por debajo del observado dos décadas atrás. Este patrón sugiere que la transición a la vida en pareja no solo se retrasa, sino que -tal como se sabe- parece perder centralidad como hito normativo del pasaje a la adultez, incluso en edades tradicionalmente asociadas a la conformación de hogares propios.³

Estos cambios adquieren mayor relevancia al ser considerados junto con la evidencia sobre la presencia de niños menores de seis años en el hogar, presentada en la Tabla 2. A nivel agregado, los datos muestran que la caída de las uniones juveniles entre 2014 y 2024 se acompaña de una reducción significativa de la proporción de jóvenes que residen en hogares con niños pequeños, particularmente entre quienes viven en pareja. En efecto, si bien la mayoría de los jóvenes no vive en pareja en todo el período analizado, esta proporción se incrementa con fuerza en 2024 (88,3%). Dentro de este grupo, la fracción que reside en hogares con menores aumenta entre 2004 y 2014, pero desciende en 2024, al tiempo que crece la proporción de jóvenes que no viven en pareja y residen en hogares sin menores. En paralelo, entre quienes viven en pareja se observa una caída abrupta de la presencia de menores en el hogar: mientras que en 2004 y 2014 alrededor del 13,5% de los jóvenes vivía en pareja en hogares con niños pequeños, en 2024 este valor desciende al 5,9%.

Este patrón sugiere que la postergación de la vida conyugal en el período más reciente se articula con una dilación de la reproducción temprana, reduciendo la superposición entre convivencia en pareja y crianza en edades juveniles. Desde el punto de vista analítico, esta transformación tiene implicancias directas sobre las trayectorias educativas y laborales, en tanto modifica —al menos en términos agregados— la exposición temprana a responsabilidades intensivas de cuidado.⁴

Tabla 2. Situación conyugal y presencia de niños menores de 6 años en el hogar, de los jóvenes de 18 a 24 años. Años 2004, 2014 y 2024. En porcentaje.

Situación conyugal	2004	2014	2024
No vive en pareja	81,9	81,7	88,3
Con menores	15,7%	18,0%	12,5%
Sin menores	66,2%	63,7%	75,8%
Vive en pareja	18,1	18,3	11,7
Con menores	13,4%	13,5%	5,9%
Sin menores	4,7%	4,8%	5,8%
Total	100%	100%	100%

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

³ La postergación de la vida en pareja y la pérdida de su carácter normativo como hito del pasaje a la adultez forman parte de un proceso más amplio de desestandarización de las transiciones juveniles observado tanto en América Latina como en Europa (Reguillo, 2010; Recio Andreu, 2007; CEPAL, 2018).

⁴ Diversos estudios han mostrado que la convivencia con niños pequeños durante la juventud introduce restricciones significativas sobre la continuidad educativa y la inserción laboral, especialmente en contextos de alta informalidad y debilidad de las políticas de cuidado (Weller, 2006; CEPAL, 2019).

No obstante, este proceso presenta marcadas diferencias de género, que se evidencian con claridad en la Tabla 3. Entre los varones jóvenes, la convivencia con niños pequeños aparece como un fenómeno relativamente marginal y claramente decreciente. En particular, entre quienes viven en pareja, la proporción que reside en hogares con menores desciende del 10,1% en 2004 al 4,3% en 2024, mientras que aumenta el peso relativo de quienes viven en pareja sin menores. Este patrón indica una progresiva desvinculación entre vida conyugal y paternidad temprana entre los varones jóvenes, reduciendo su exposición directa a responsabilidades de cuidado.

Entre las mujeres, en cambio, la situación es cualitativamente distinta. Si bien también se reduce de manera significativa la proporción de mujeres jóvenes que viven en pareja y, dentro de este grupo, aquellas que conviven con niños pequeños (del 16,8% en 2004 al 7,5% en 2024), la presencia de menores en el hogar sigue siendo considerablemente más elevada que entre los varones. Asimismo, incluso entre las mujeres que no viven en pareja, la convivencia con niños pequeños continúa siendo relevante, lo que indica que la reducción de la maternidad en el marco de uniones conyugales no implica necesariamente una disminución equivalente de las responsabilidades de cuidado.

Tabla 3. Situación conyugal y presencia de niños menores de 6 años en el hogar de los jóvenes de 18 a 24 años según sexo. Años 2004, 2014 y 2024. En porcentajes.

		2004	2014	2024
Varón	No vive en pareja	86,8%	86,1%	90,8%
	Con menores	13,7%	15,8%	9,6%
	Sin menores	73,1%	70,3%	81,3%
	Vive en pareja	13,2%	13,9%	9,2%
	Con menores	10,1%	10,1%	4,3%
	Sin menores	3,2%	3,8%	4,8%
	Total	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	No vive en pareja	76,9%	77,0%	85,6%
	Con menores	17,7%	20,4%	15,4%
	Sin menores	59,2%	56,6%	70,2%
	Vive en pareja	23,1%	23,0%	14,4%
	Con menores	16,8%	17,2%	7,5%
	Sin menores	6,3%	5,8%	6,9%
	Total	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

Esta evidencia permite señalar una paradoja central: si bien la dilación de la vida en pareja y de la reproducción temprana podría, en principio, liberar tiempo para la educación o el trabajo de las mujeres jóvenes, ello no supone automáticamente una reducción de las tareas de cuidado. En muchos casos, estas responsabilidades se reconfiguran hacia el interior de los hogares de origen, bajo formas de cuidado

intergeneracional o familiar, reproduciendo desigualdades de género que no se reflejan plenamente en los indicadores conyugales.⁵

En conjunto, estos resultados permiten reafirmar que las condiciones familiares no solo acompañan, sino que estructuran las trayectorias juveniles desde el inicio del proceso de transición. La combinación entre postergación de la vida en pareja, reducción de la maternidad temprana en el marco conyugal y persistencia de una distribución desigual del cuidado configura puntos de partida asimétricos que anticipan brechas posteriores en la inserción educativa, la participación laboral y las situaciones de exclusión socioeducativa, dimensiones que se analizan en los apartados siguientes.

4.2. Inserción educativa: expansión del acceso y persistencia de la estratificación social

El análisis de la inserción educativa de los jóvenes de 18 a 24 años muestra, en primer lugar, un proceso sostenido de expansión de la escolarización a lo largo de las últimas dos décadas. Sin embargo, este avance agregado no se traduce en una reducción equivalente de las desigualdades estructurales que condicionan el acceso a credenciales educativas más altas. Por el contrario, la evidencia empírica indica que la ampliación del sistema educativo convive con patrones persistentes de estratificación social que configuran trayectorias educativas diferenciadas.⁶

Desde una perspectiva transversal, la Tabla 4 permite observar la evolución del máximo nivel educativo alcanzado por los jóvenes de 18 a 24 años en tres momentos del tiempo. Los datos muestran una mejora significativa en los niveles de escolarización entre 2004 y 2024. En particular, se registra una reducción sostenida de la proporción de jóvenes que no finalizaron el nivel secundario y no cursan —del 30,6% al 17,2%—, lo que da cuenta de avances en la terminalidad educativa y en la retención dentro del sistema. De manera complementaria, aumenta la proporción de jóvenes que completaron el secundario y se encuentran cursando estudios superiores, que pasa del 32,1% al 36,8%, reflejando una expansión del acceso al nivel postsecundario.

Tabla 4. Máximo nivel educativo alcanzado de los jóvenes de 18 a 24 años según cohorte generacional. Años 2004, 2014 y 2024. En porcentajes.

Máximo nivel educativo	2004	2014	2024
No terminó secundario y no cursa	30,6%	27,0%	17,2%
No terminó secundario y cursa	10,1%	15,7%	12,3%
Terminó secundario y no cursa superior	24,5%	23,2%	30,9%
Terminó secundario y cursa superior	32,1%	31,9%	36,8%
Superior completo	2,7%	2,2%	2,8%
Total	100%	100%	100%

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

No obstante, este proceso de expansión presenta límites claros. La mejora en la terminalidad secundaria no se traduce automáticamente en una continuidad educativa

⁵ La reducción de la maternidad temprana no implica necesariamente una disminución de las tareas de cuidado para las mujeres jóvenes, ya que estas tienden a reconfigurarse hacia formas de cuidado familiar e intergeneracional no remunerado (Tuñón, 2008; Abramo, 2021).

⁶ En la Argentina, la expansión del sistema educativo ha convivido históricamente con fuertes mecanismos de reproducción de la desigualdad social, particularmente en el acceso al nivel superior (Salvia, 2008; Salvia y Tuñón, 2008).

generalizada: el grupo de jóvenes que finaliza el secundario, pero no cursa estudios superiores, crece de manera significativa y alcanza el 30,9% en 2024. Este dato resulta central, ya que sugiere que el nivel secundario opera crecientemente como un techo educativo para una fracción relevante de las juventudes, anticipando procesos de segmentación temprana en las trayectorias educativas.

Para profundizar esta lectura y distinguir los efectos de período de los cambios generacionales, la Tabla 5 presenta los niveles educativos alcanzados según cohortes de nacimiento, construidas a partir de cortes transversales (cohortes ficticias). Esta estrategia descriptiva permite reconstruir trayectorias educativas acumuladas y captar diferencias generacionales en el acceso a credenciales educativas, más allá de la edad puntual observada en cada año. En este sentido, la evidencia generacional confirma un proceso de mejora educativa de largo plazo. En las cohortes más antiguas (1955–1959 y 1960–1964) predomina una escolarización baja, con niveles muy elevados de no terminalidad secundaria y una presencia limitada de estudios superiores completos. A medida que se avanza hacia cohortes más jóvenes, se observa una disminución sostenida de la no finalización del secundario y un aumento progresivo de la finalización de estudios superiores, alcanzando su punto más alto en las cohortes nacidas a mediados de la década de 1980 (1985–1989).

Tabla 5. Niveles educativos alcanzados según cohorte generacional (cohortes ficticias). Años 2004, 2014 y 2024. En porcentajes.

Cohortes de nacimiento	No terminó secundario y no cursa	No terminó secundario y cursa	Terminó secundario y no cursa superior	Terminó secundario y cursa superior	Superior completo	Total
1955-1959	58,7%	0,1%	24,6%	0,2%	16,3%	100%
1960-1964	54,5%	0,2%	27,0%	0,3%	18,0%	100%
1965-1969	49,5%	0,3%	29,0%	0,6%	20,7%	100%
1970-1974	46,4%	0,3%	30,5%	0,9%	21,9%	100%
1975-1979	42,6%	0,7%	32,2%	1,8%	22,7%	100%
1980-1984	38,1%	0,6%	35,6%	2,5%	23,1%	100%
1985-1989	34,4%	1,4%	35,0%	4,3%	24,8%	100%
1990-1994	32,9%	1,3%	37,1%	7,8%	20,9%	100%
1995-1999	29,9%	1,9%	33,8%	19,2%	15,0%	100%
2000-2004	26,9%	5,8%	29,0%	34,7%	3,5%	100%

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

Sin embargo, esta tendencia no se prolonga de manera lineal. En las cohortes nacidas a partir de 1990 se observa un cambio en el patrón de acumulación de credenciales: la proporción de jóvenes con nivel superior completo comienza a descender, mientras que aumenta de forma marcada la proporción de quienes se encuentran cursando estudios superiores. En particular, en las cohortes 1995–1999 y 2000–2004 se registra una fuerte expansión del acceso al nivel superior en condición de cursada, acompañada por una caída significativa del superior completo.

Este desplazamiento sugiere que, si bien el sistema educativo amplía el acceso al nivel superior, la finalización de dichas trayectorias enfrenta crecientes dificultades. La expansión educativa parece adoptar, así, la forma de trayectorias más prolongadas, intermitentes e inestables, en las que el ingreso al nivel superior no garantiza su

culminación en los tiempos esperados. En este sentido, la comparación entre la Tabla 4 y la Tabla 5 permite identificar un punto de inflexión: mientras los indicadores agregados muestran mejoras en la escolarización, el análisis generacional revela un freno en la acumulación efectiva de credenciales superiores entre las cohortes más jóvenes.

Estos resultados indican que la expansión educativa de las últimas décadas ha sido real, pero desigual en sus efectos. La reducción de la no terminalidad secundaria convive con una creciente segmentación en la transición hacia el nivel superior, configurando trayectorias educativas más largas y menos lineales. Este patrón anticipa tensiones estructurales entre educación y trabajo, un aspecto que resulta clave para comprender las formas contemporáneas de inserción laboral juvenil.⁷

Tabla 6. Máximo nivel educativo alcanzado de los jóvenes de 18 a 24 según sexo. Años 2004, 2014 y 2024. En porcentajes.

		2004	2014	2024
Varón	No terminó secundario y no cursa	34,7%	29,5%	21,1%
	No terminó secundario y cursa	10,6%	17,8%	13,2%
	Terminó secundario y no cursa superior	25,0%	24,3%	31,2%
	Terminó secundario y cursa superior	27,9%	26,6%	32,0%
	Superior completo	1,9%	1,8%	2,5%
	Total	100%	100%	100%
Mujer	No terminó secundario y no cursa	26,5%	24,3%	13,3%
	No terminó secundario y cursa	9,7%	13,5%	11,4%
	Terminó secundario y no cursa superior	23,9%	22,0%	30,6%
	Terminó secundario y cursa superior	36,3%	37,7%	41,5%
	Superior completo	3,6%	2,6%	3,1%
	Total	100%	100%	100%

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

Las desigualdades de género introducen una segunda capa analítica relevante. La Tabla 6 muestra que, a lo largo de todo el período analizado, las mujeres jóvenes presentan una mayor vinculación con el sistema educativo que los varones. En ambos sexos se reduce de manera sostenida la proporción de jóvenes que no finalizaron el secundario y no cursan, pero las mujeres exhiben sistemáticamente mayores niveles de continuidad educativa postsecundaria. En 2024, el 41,5% de las mujeres de 18 a 24 años había finalizado el secundario y cursaba estudios superiores, frente al 32,0% de los varones. Al mismo tiempo, en ambos sexos se consolida un grupo numeroso de jóvenes que finaliza el secundario, pero no accede al nivel superior, lo que refuerza la idea de trayectorias educativas incompletas o interrumpidas. El nivel superior completo, por su parte, se mantiene en valores bajos en todos los años, con una leve ventaja femenina, consistente con la edad del grupo analizado y la duración típica de las carreras superiores.

El análisis multivariado de la Tabla 7 permite profundizar la comprensión de los factores que inciden sobre la probabilidad de asistir al nivel superior entre los jóvenes de 18 a 24 años, controlando simultáneamente por características individuales, familiares y

⁷ La prolongación de las trayectorias educativas y la dificultad para completar estudios superiores se vinculan con mercados de trabajo segmentados y con la necesidad de compatibilizar estudio y empleo en contextos de vulnerabilidad (Weller, 2006; CEPAL-OIT, 2021).

socioeconómicas. En conjunto, los resultados confirman que la inserción educativa no responde únicamente a decisiones individuales ni a trayectorias lineales, sino que se encuentra fuertemente condicionada por desigualdades estructurales persistentes.

El género introduce una diferencia sistemática en la inserción educativa que contrasta con el supuesto extendido de desventaja femenina en las trayectorias juveniles. Los resultados indican que las mujeres presentan una probabilidad significativamente mayor de asistir al nivel superior que los varones en todos los modelos estimados. En el modelo general, ser mujer incrementa en cerca de un 90% la probabilidad de asistencia, incluso controlando por estrato socioeconómico, edad, situación laboral y presencia de niños en el hogar. Este efecto se mantiene estable en el tiempo, con variaciones en su magnitud —más elevado en 2014—, lo que confirma una ventaja femenina en la continuidad educativa.⁸ Por otra parte, la edad, si bien constituye una variable de control, presenta un efecto positivo y significativo en todos los modelos. Este resultado es consistente con trayectorias educativas más prolongadas y con el hecho de que el acceso al nivel superior no se produce de manera inmediata tras la finalización del secundario -el cual puede dilatarse en el tiempo-, sino que suele darse de forma escalonada y, en muchos casos, intermitente.⁹

Tabla 7. Estimación de regresión logística de la probabilidad de asistir a nivel superior en jóvenes de 18 a 24 años. (Excluye a los jóvenes que finalizaron el nivel superior). Años 2004, 2014 y 2024. Razón de probabilidad respecto de cada categoría de referencia.

	2004, 2014 y 2024	2004	2014	2024
	Exp(B)	Exp(B)	Exp(B)	Exp(B)
Mujer	1,898***	1,791***	2,084***	1,788***
Edad	1,14***	1,137***	1,148***	1,133***
Estrato bajo (3° cuartil)	0,424***	0,392***	0,431***	0,45***
Estrato muy bajo (4° cuartil)	0,234***	0,179***	0,261***	0,25***
Presencia de menores de 6 años	0,157***	0,157***	0,149***	0,177***
Ocupado	0,26***	0,302***	0,247***	0,239***
Año 2014	1,025			
Año 2024	1,108***			
Constante	0,095***	0,104***	0,081***	0,123***
Porcentaje global de aciertos	74,2%	74,7%	76,6%	71,7%
R cuadrado de Cox y Snell	0,218	0,231	0,223	0,196
R cuadrado de Nagelkerke	0,302	0,321	0,311	0,267

*** p < 0,001 , ** p < 0,01 , * p < 0,05

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

⁸ Este hallazgo se alinea con evidencia previa para América Latina y el Caribe que documenta una mayor participación femenina en la educación postsecundaria, aun en contextos de desigualdad estructural (CEPAL (2019); Saraví (2010); Weller (2006)).

⁹ El efecto positivo de la edad sobre la asistencia al nivel superior es consistente con trayectorias educativas no lineales, caracterizadas por interrupciones, retornos y prolongación de los tiempos de estudio (Saraví, 2010; Salvia, 2008).

No obstante, esta ventaja no resulta suficiente para compensar las desigualdades asociadas al origen social. En efecto, el origen social emerge como el determinante más robusto y consistente de la asistencia al nivel superior. En el modelo agrupado, pertenecer a un estrato bajo reduce la probabilidad de asistir al nivel superior en aproximadamente un 60% en comparación con los jóvenes de estratos medios, mientras que pertenecer a un estrato muy bajo reduce dicha probabilidad en torno al 75%. Estos efectos se mantienen prácticamente inalterados en los modelos estimados para cada año, lo que indica que, a lo largo de las dos décadas analizadas, la expansión del sistema educativo no ha logrado modificar sustancialmente la estructura de desigualdad asociada al origen social. Tal como sabe, la persistencia de estos coeficientes sugiere que el acceso al nivel superior continúa siendo un mecanismo clave de reproducción de las desigualdades de clase.¹⁰

De manera complementaria, en coincidencia con la literatura, la condición de estar ocupado aparece asociada a una reducción sustantiva de la probabilidad de estudiar en todos los modelos, tal como es de esperar, el hecho de encontrarse trabajando disminuye en torno a un 70% la probabilidad de asistir al nivel superior. Este efecto pone de manifiesto la tensión estructural entre inserción laboral temprana y permanencia en el sistema educativo, especialmente entre los jóvenes provenientes de hogares de menores recursos, para quienes el ingreso al mercado de trabajo suele responder a necesidades económicas inmediatas más que a elecciones vocacionales.¹¹

Un hallazgo particularmente relevante refiere al impacto de las condiciones familiares, en especial la presencia de niños menores de seis años en el hogar. Esta variable reduce de manera muy significativa la probabilidad de asistir al nivel superior en todos los modelos estimados, con efectos estables a lo largo del tiempo. Este resultado sugiere que las responsabilidades de cuidado -incluso en términos potenciales o intermitentes- constituyen una restricción estructural persistente para la continuidad educativa, operando como un mecanismo de exclusión que afecta de manera diferencial a ciertos grupos juveniles y que no se atenúa con la expansión general del sistema educativo.¹²

Desde una perspectiva temporal, el modelo agrupado muestra un efecto positivo para el año 2024 en comparación con 2004, indicando una mayor propensión general a la asistencia al nivel superior en el período más reciente. Sin embargo, el análisis de los modelos por año revela que este avance agregado no altera la estructura de los determinantes: las brechas por origen social, género, responsabilidades de cuidado y condición de actividad se mantienen como factores centrales de diferenciación en todos los períodos analizados. En este sentido, la expansión educativa observada en las últimas dos décadas convive con un patrón estable de desigualdad en el acceso al nivel superior.

¹⁰ La persistencia del origen social como principal determinante del acceso a la educación superior confirma el rol de este nivel educativo como un mecanismo clave de reproducción de las desigualdades de clase (Adrogué & García de Fanelli, 2021; Salvia, 2008).

¹¹ La inserción laboral temprana suele responder a necesidades económicas inmediatas y tiende a competir con la continuidad educativa, especialmente entre jóvenes de sectores populares (Weller, 2006; Pérez y Busso, 2012).

¹² La presencia de niños en el hogar constituye una de las principales barreras para la continuidad educativa juvenil, operando como un mecanismo estructural de exclusión que no se atenúa con la expansión del sistema educativo (Tuñón, 2008; CEPAL, 2019).

En conjunto, los resultados de la Tabla 7 refuerzan la idea de que la inserción educativa en el nivel superior de los jóvenes se configura a partir de una combinación de oportunidades y restricciones estructurales. Si bien se aumentaron para los jóvenes las probabilidades de acceso al nivel superior -aunque todavía a niveles menores que la media de los países de la región-, estas se distribuyen de manera desigual, reproduciendo diferencias de clase y condicionamientos asociados al género y a las responsabilidades familiares. Estas desigualdades en la trayectoria educativa inicial tienen implicancias directas sobre las oportunidades posteriores de inserción laboral, en tanto delimitan los recursos educativos con los que los jóvenes ingresan -o se ven forzados a ingresar- al mercado de trabajo.

4.3. Inserción laboral juvenil: acceso temprano, segmentación y trayectorias forzadas

Este apartado analiza la inserción laboral de los jóvenes de 18 a 24 años desde una perspectiva que concibe el pasaje al trabajo no como un logro en sí mismo, sino como un proceso socialmente condicionado, atravesado por desigualdades estructurales y tensiones con la trayectoria educativa. En continuidad con los resultados del apartado anterior, el objetivo es examinar en qué medida el acceso al empleo juvenil responde a estrategias de supervivencia y autonomía temprana, más que a trayectorias de inclusión laboral sostenida, y cómo estas dinámicas se distribuyen de manera desigual según género y origen social.

La Tabla 8 muestra que la inserción laboral juvenil se caracteriza por niveles moderados de ocupación, una reducción sostenida de la desocupación y un incremento significativo de la inactividad, con marcadas diferencias por género. Estos patrones sugieren que, en las últimas dos décadas, la exclusión laboral juvenil no se expresa únicamente a través del desempleo abierto, sino crecientemente mediante la salida —voluntaria o forzada— de la fuerza de trabajo.¹³

Tabla 8. Condición de actividad de los jóvenes de 18 a 24 según sexo. Años 2004, 2014 y 2024. En porcentajes.

		2004	2014	2024
Varón	Ocupado	53,3%	49,8%	48,6%
	Desocupado	17,3%	11,4%	10,4%
	Inactivo	29,4%	38,7%	41,0%
	Total	100%	100%	100%
Mujer	Ocupado	35,0%	31,1%	37,9%
	Desocupado	15,7%	9,5%	9,0%
	Inactivo	49,4%	59,4%	53,1%
	Total	100%	100%	100%
Total	Ocupado	44,2%	40,8%	43,3%
	Desocupado	16,5%	10,5%	9,7%
	Inactivo	39,3%	48,7%	47,0%
	Total	100%	100%	100%

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

¹³ Estudios recientes señalan que la exclusión laboral juvenil se expresa crecientemente a través de la inactividad, más que del desempleo abierto, en contextos de alta precariedad e informalidad (CEPAL-OIT, 2021).

Entre los varones, la tasa de ocupación desciende del 53,3% en 2004 al 48,6% en 2024, mientras que la inactividad aumenta de forma pronunciada. Este desplazamiento puede interpretarse, por un lado, como una mayor permanencia en el sistema educativo; pero, por otro, como evidencia de las dificultades persistentes para acceder a empleos estables y de calidad en un mercado de trabajo segmentado. La caída de la desocupación indica que quienes buscan empleo tienden a encontrarlo con mayor frecuencia que en el pasado, aunque ello no se traduce en una mayor absorción global de jóvenes por parte del mercado laboral.

En el caso de las mujeres, la inserción laboral presenta restricciones aún más severas. La ocupación se mantiene en niveles bajos a lo largo de todo el período, mientras que la inactividad continúa siendo el rasgo dominante, afectando a más de la mitad de las jóvenes en 2024. Este patrón contrasta con la mayor inserción educativa femenina observada en el apartado 4.2 y pone de relieve un desacople estructural entre educación y trabajo: aun cuando las mujeres logran mayores niveles de continuidad educativa, enfrentan mayores barreras para acceder al empleo, lo que limita las posibilidades de traducir las credenciales educativas en autonomía económica.¹⁴

En términos agregados, la combinación de menor desocupación y mayor inactividad sugiere que el acceso al empleo juvenil se produce en un contexto de segmentación persistente, donde una parte de los jóvenes queda excluida del mercado de trabajo o se inserta de manera intermitente y precaria. Los resultados de la Tabla 9 permiten profundizar este diagnóstico al identificar los factores que condicionan la probabilidad de estar ocupado entre los jóvenes de 18 a 24 años. El análisis multivariado confirma que la inserción laboral juvenil se encuentra fuertemente estructurada por desigualdades de género, clase y condiciones familiares, y que el acceso al trabajo no implica necesariamente inclusión laboral.

El género emerge como un determinante central: las mujeres presentan una probabilidad significativamente menor de trabajar que los varones en todos los modelos estimados. En el modelo general, sus chances de inserción se reducen aproximadamente a la mitad, aun controlando por edad, estrato socioeconómico, asistencia educativa y presencia de niños en el hogar. Si bien en 2024 se observa una leve atenuación de esta brecha, la desventaja femenina persiste, reforzando la idea de que la mayor inserción educativa de las mujeres no se traduce necesariamente en mejores oportunidades laborales. Este desacople pone en evidencia la existencia de barreras estructurales de género en el mercado de trabajo juvenil. Asimismo, la edad ejerce un efecto positivo y robusto en todos los modelos, indicando que la probabilidad de trabajar aumenta a medida que los jóvenes avanzan en el ciclo vital. Este resultado es consistente con una incorporación progresiva al mercado de trabajo, aunque dicha incorporación no necesariamente se produzca en condiciones de estabilidad o calidad.

El origen social constituye un factor estructural decisivo. Pertenecer a un estrato bajo reduce significativamente las probabilidades de trabajar respecto de los sectores medios, mientras que en el estrato muy bajo las chances de inserción se reducen a menos de un tercio. Estos efectos se mantienen estables —e incluso se intensifican—

¹⁴ La mayor inserción educativa femenina no se traduce automáticamente en mejores oportunidades laborales, debido a barreras estructurales de género asociadas a la segmentación ocupacional y a las responsabilidades de cuidado (CEPAL, 2019; Abramo, 2021).

en los modelos correspondientes a 2014 y 2024, lo que confirma la persistencia de profundas desigualdades de clase en el acceso al empleo juvenil. En este sentido, el trabajo aparece, para los jóvenes de sectores populares, menos como una opción electiva y más como una estrategia de supervivencia y de búsqueda de autonomía temprana, frecuentemente asociada a empleos precarios y de baja protección.

Tabla 9. Estimación de regresión logística de la probabilidad de estar ocupado en jóvenes de 18 a 24 años. Años 2004, 2014 y 2024. Razón de probabilidad respecto de cada categoría de referencia.

	2004, 2014 y 2024	2004	2014	2024
	Exp(B)	Exp(B)	Exp(B)	Exp(B)
Mujer	0,496***	0,458***	0,431***	0,686***
Edad	1,294***	1,261***	1,288***	1,274***
Estrato bajo (3° cuartil)	0,502***	0,571***	0,445***	0,444***
Estrato muy bajo (4° cuartil)	0,282***	0,347***	0,233***	0,241***
Presencia de menores de 6 años	1,169***	1,111*	1,178***	1,353***
Asiste a establecimiento educativo	0,229***	0,262***	0,200***	0,201***
Año 2014	0,915**			
Año 2024	1,003			
Constante	0,014***	0,022***	0,017***	0,019***
Porcentaje global de aciertos	71,6%	69,1%	72,6%	71,5%
R cuadrado de Cox y Snell	0,208	0,18	0,24	0,223
R cuadrado de Nagelkerke	0,282	0,241	0,324	0,299

*** p < 0,001 , ** p < 0,01 , * p < 0,05

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

Un resultado particularmente revelador refiere a la presencia de niños menores de seis años en el hogar. A diferencia de lo observado en la inserción educativa, esta variable se asocia con una mayor probabilidad de trabajar, efecto que se intensifica en 2024. Este hallazgo sugiere que las responsabilidades familiares operan como un mecanismo de presión económica que empuja a los jóvenes a incorporarse tempranamente al mercado de trabajo. Sin embargo, este impulso hacia el empleo tiende a fragilizar las trayectorias educativas, tal como se observó en el apartado 4.2, reforzando dinámicas de inserción laboral temprana que no necesariamente conducen a procesos sostenidos de inclusión social. Por lo mismo, la asistencia a un establecimiento educativo reduce de manera sustantiva la probabilidad de trabajar en todos los modelos estimados. Este efecto confirma la tensión estructural entre permanencia en el sistema educativo y participación en el mercado de trabajo durante la juventud. En conjunto con los resultados del apartado anterior, se configura un patrón de competencia entre estudio y trabajo, más que de complementariedad, especialmente entre los jóvenes de hogares de menores recursos.¹⁵

¹⁵ En contextos de desigualdad estructural, la relación entre estudio y trabajo durante la juventud adopta con mayor frecuencia una lógica de competencia que de complementariedad, especialmente en los sectores populares (Weller, 2006; Salvia & Tuñón, 2006).

Desde una perspectiva temporal, el modelo general indica que la probabilidad de trabajar resulta levemente menor en 2014 respecto de 2004 y no presenta diferencias significativas en 2024. No obstante, los modelos por año muestran que estas variaciones coyunturales no alteran la estructura de los determinantes: género, origen social, edad, responsabilidades familiares y asistencia educativa mantienen efectos consistentes en todos los períodos analizados.

4.4. Exclusión socioeducativa y trayectorias truncas: jóvenes que no estudian ni trabajan

Este apartado analiza la inserción socioeducativa de los jóvenes de 18 a 24 años, poniendo el foco en aquellos que se encuentran simultáneamente fuera del sistema educativo y del mercado laboral. Lejos de concebir esta situación como una condición homogénea o transitoria, el análisis aborda el fenómeno de los jóvenes que no estudian ni trabajan (NiNi) como una expresión acumulada de trayectorias juveniles truncas, atravesadas por desigualdades estructurales de clase, género y arreglos familiares vinculados al cuidado.

El análisis se organiza en torno a cuatro interrogantes: ¿qué transformaciones se observan en la magnitud de este fenómeno entre 2004, 2014 y 2024? ¿Cómo incide el origen social en la probabilidad de encontrarse en situación de exclusión socioeducativa? ¿Qué diferencias presentan varones y mujeres? Y, finalmente, ¿cuáles son los factores que explican con mayor fuerza la probabilidad de no estudiar ni trabajar?

La Tabla 10 muestra cambios relevantes en los patrones de inserción educativa y laboral de los jóvenes a lo largo de las últimas dos décadas, con diferencias significativas según género. En términos agregados, se observa una disminución de la proporción de jóvenes que no estudian ni trabajan, que pasa del 24,1% en 2004 al 19,1% en 2024. Este descenso refleja una mejora relativa en la inserción socioeducativa juvenil, aunque el hecho de que casi uno de cada cinco jóvenes permanezca fuera de ambos sistemas evidencia la persistencia de un núcleo estructural de exclusión.¹⁶

Pero más allá de la reducción del grupo NiNi, la lectura agregada de la Tabla 10 permite identificar transformaciones relevantes en la estructura de inserción educativa y laboral de los jóvenes de 18 a 24 años. En particular, se observa un aumento sostenido de la proporción de jóvenes que se dedican exclusivamente al estudio, que pasa del 31,7% en 2004 al 37,6% en 2024. Este crecimiento da cuenta de una prolongación de las trayectorias educativas y de una mayor permanencia en el sistema educativo durante la juventud, en línea con los procesos de expansión educativa observados en los apartados anteriores. En paralelo, la proporción de jóvenes que combinan estudio y trabajo se mantiene relativamente estable a lo largo del período, en torno al 11–12%. Esta estabilidad sugiere que la articulación simultánea entre educación y empleo continúa siendo una estrategia minoritaria y estructuralmente limitada, lo que refuerza la idea de una tensión persistente entre ambas esferas durante la transición juvenil.

¹⁶ La disminución del fenómeno NiNi observada en distintos países de la región convive con la persistencia de un núcleo estructural de exclusión juvenil, asociado al origen social y a las condiciones familiares (CEPAL, 2018; Saraví, 2015).

Por su parte, el grupo de jóvenes que solo trabaja muestra una leve reducción entre 2004 y 2014, seguida de una relativa estabilización hacia 2024. Este comportamiento indica que, si bien se retrasa parcialmente la incorporación temprana al mercado de trabajo, el empleo sigue ocupando un lugar central en las trayectorias juveniles, especialmente como estrategia de subsistencia o de autonomía económica.

Tabla 10. Inserción socioeducativa de los jóvenes de 18 a 24 años según sexo. Años 2004, 2014 y 2024. En porcentaje.

		2004	2014	2024
Varón	Solo estudia*	28,1%	34,1%	34,9%
	Estudia y trabaja	11,4%	10,5%	11,2%
	Solo trabaja	41,8%	39%	37,3%
	No estudia y no trabaja**	19%	16,1%	17%
	Total	100%	100%	100%
Mujer	Solo estudia*	35,4%	40,7%	40,3%
	Estudia y trabaja	12,2%	11,1%	13,5%
	Solo trabaja	22,7%	20,0%	24,4%
	No estudia y no trabaja**	29,7%	28,2%	21,8%
	Total	100%	100%	100%
Total	Solo estudia*	31,7%	37,3%	37,6%
	Estudia y trabaja	11,8%	10,8%	12,3%
	Solo trabaja	32,3%	29,9%	30,9%
	No estudia y no trabaja**	24,1%	21,9%	19,1%
	Total	100%	100%	100%

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

*Incluye a aquellos que finalizaron nivel superior y están inactivos o desempleados.

**Incluye desempleados o inactivos.

Al desagregar estos patrones por género, emergen dinámicas diferenciadas en la forma en que varones y mujeres transitan la inserción socioeducativa durante la juventud. Entre los varones, se registra un aumento sostenido de la proporción de quienes se dedican exclusivamente a estudiar, que pasa del 28,1% en 2004 al 34,9% en 2024, acompañado por una reducción gradual del grupo que solo trabaja. Este patrón resulta consistente con una prolongación de las trayectorias educativas y con un retraso relativo en la incorporación temprana al mercado laboral, en línea con los procesos de expansión educativa observados en el período.

Sin embargo, esta recomposición no se traduce en una reducción equivalente de la exclusión socioeducativa masculina. La proporción de varones que no estudian ni trabajan se mantiene relativamente estable a lo largo de las dos décadas, en torno al 17%–19%. Este dato indica la persistencia de un segmento de jóvenes cuyas trayectorias no logran ser absorbidas ni por la expansión del sistema educativo ni por el mercado de trabajo, configurando un núcleo relativamente rígido de vulnerabilidad que permanece ajeno a los cambios agregados.

Entre las mujeres, la evolución presenta matices distintos. Si bien se mantiene una elevada proporción de jóvenes que se dedican exclusivamente a estudiar, se observa una reducción progresiva del grupo que no estudia ni trabaja, que desciende del 29,7%

en 2004 al 21,8% en 2024. Esta mejora sugiere una disminución relativa de la inactividad femenina en edades tempranas, aunque no necesariamente acompañada por un incremento proporcional de la participación laboral, dado que la proporción de mujeres que solo trabajan se mantiene en niveles moderados y relativamente estables. En este sentido, la reducción del fenómeno NiNi entre las mujeres parece asociarse principalmente a una mayor vinculación con el sistema educativo más que a una integración sostenida -tal como se encontró en el apartado 4.3- en el mercado de trabajo. Este patrón anticipa un posible desacople entre la mejora en la inserción educativa femenina y las oportunidades efectivas de inclusión laboral.¹⁷

La Tabla 11 presenta los resultados de los modelos de regresión logística que estiman la probabilidad de que los jóvenes de 18 a 24 años se encuentren en situación de no estudiar ni trabajar. El análisis multivariado permite identificar los factores estructurales que explican con mayor fuerza esta forma de exclusión.

Tabla 11. Estimación de regresión logística de la probabilidad de no estudiar ni trabajar en jóvenes de 18 a 24 años. Años 2004, 2014 y 2024. Razón de probabilidad respecto de cada categoría de referencia.

	2004, 2014 y 2024	2004	2014	2024
	Exp(B)	Exp(B)	Exp(B)	Exp(B)
Mujer	1,652***	1,761***	1,848***	1,288***
Edad	0,991	0,953***	1,011	1,009
Estrato bajo	2,261***	2,072***	2,266***	2,527***
Estrato muy bajo	3,978***	3,759***	3,954***	4,370***
Presencia de menores de 6 años en el hogar	1,907***	1,961***	2,138***	1,499***
Año 2014	0,851***			
Año 2024	0,789***			
Constante	0,119***	0,274***	0,06***	0,074***
Porcentaje global de aciertos	0,793	0,779	0,796	0,809
R cuadrado de Cox y Snell	0,098	0,105	0,109	0,072
R cuadrado de Nagelkerke	0,15	0,158	0,168	0,116

*** p < 0,001 , ** p < 0,01 , * p < 0,05

Fuente: EPH-INDEC. 2do semestre 2004, 2014, 2024.

El origen social emerge como el determinante más relevante. En el modelo general, pertenecer a un estrato bajo multiplica significativamente la probabilidad de encontrarse en situación NiNi, mientras que pertenecer a un estrato muy bajo incrementa este riesgo de manera aún más marcada. Los coeficientes estimados indican que los jóvenes provenientes de hogares del estrato muy bajo presentan probabilidades varias veces superiores de no estudiar ni trabajar en comparación con aquellos de estratos medios. Este patrón se reproduce con notable estabilidad en los modelos estimados para cada año, lo que confirma que la exclusión socioeducativa juvenil se

¹⁷ La reducción del NiNi femenino se vincula principalmente con una mayor permanencia en el sistema educativo y no con una integración sostenida al mercado de trabajo, lo que refuerza el desacople entre educación y autonomía económica de las mujeres jóvenes (Abramo, 2021; Becker-Bozo, 2025).

encuentra fuertemente estructurada por desigualdades de clase que persisten a lo largo del tiempo.

El género también se configura como un factor significativo. En el modelo general, las mujeres presentan una mayor probabilidad de encontrarse fuera tanto del sistema educativo como del mercado laboral en comparación con los varones. No obstante, al analizar los modelos por año, se observa una reducción progresiva de esta brecha hacia 2024, lo que sugiere una atenuación parcial de la desventaja femenina en la condición NiNi. Este resultado sugiere una reconfiguración parcial de las trayectorias femeninas, consistente con la mayor vinculación de las mujeres jóvenes al sistema educativo observada en los apartados anteriores. No obstante, la persistencia de un efecto positivo y significativo indica que esta mejora relativa no implica una superación plena de las desigualdades de género, sino más bien un desplazamiento de las formas de exclusión, en el que la reducción del NiNi femenino convive con dificultades estructurales para la inserción laboral sostenida.

La presencia de niños menores de seis años en el hogar constituye otro determinante clave de la exclusión socioeducativa. En todos los modelos estimados, esta variable incrementa de manera significativa la probabilidad de encontrarse en situación NiNi. Este resultado confirma que las responsabilidades de cuidado operan como un mecanismo estructural de exclusión, limitando simultáneamente la continuidad educativa y la participación laboral de los jóvenes, y reforzando trayectorias de inactividad forzada.

La edad, en cambio, no muestra un efecto estadísticamente significativo en la mayoría de los modelos, lo que indica que, dentro del rango etario analizado, el riesgo de exclusión socioeducativa no varía sustancialmente según los años cumplidos. Este hallazgo refuerza la idea de que la condición NiNi no responde a una fase transitoria del ciclo vital, sino a restricciones estructurales más profundas.

Desde una perspectiva temporal, el modelo general muestra una reducción significativa de la probabilidad de no estudiar ni trabajar en 2014 y 2024 en comparación con 2004. Sin embargo, al igual que en los apartados anteriores, esta mejora agregada no altera la estructura de los factores explicativos: el peso del origen social y de las responsabilidades familiares se mantiene como un rasgo constante del fenómeno a lo largo de las dos décadas analizadas.

5. Discusión de hallazgos

El objetivo de este trabajo fue analizar la evolución reciente de las trayectorias educativas y laborales de las juventudes urbanas en la Argentina, atendiendo a los cambios ocurridos entre 2004 y 2024 y, especialmente, a la forma en que las desigualdades estructurales —de clase, género y organización familiar— condicionan las probabilidades de inclusión social. A partir de un diseño cuantitativo comparativo, basado en microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares, el estudio abordó la transición entre educación y trabajo no como un pasaje homogéneo ni lineal, sino como un proceso socialmente diferenciado, atravesado por barreras persistentes y trayectorias desiguales.

En su conjunto, los hallazgos confirman que la transición juvenil entre formación y trabajo no constituye un recorrido único ni previsible, sino un proceso profundamente

estratificado por origen social y género, tal como ha señalado la literatura estructuralista sobre juventudes en América Latina (Saraví, 2010; Salvia, 2008; CEPAL, 2018). Al mismo tiempo, los resultados matizan ciertos discursos político-institucionales que tienden a asociar la expansión educativa, la postergación de hitos tradicionales de la adultez o la reducción agregada de indicadores críticos con una mejora automática de las condiciones de inclusión juvenil.

El análisis de las condiciones estructurales de partida (apartado 4.1) muestra que las trayectorias juveniles se inician desde contextos familiares y demográficos crecientemente heterogéneos. La reducción relativa del peso del grupo juvenil y la postergación sostenida de la vida en pareja, particularmente entre 2014 y 2024, confirman procesos de desestandarización de las transiciones a la adultez ampliamente documentados en la literatura. Sin embargo, los resultados amplían este diagnóstico al mostrar que estos cambios en los calendarios familiares no implican una neutralización de las desigualdades de género. Si bien disminuye de manera marcada la convivencia con niños pequeños entre jóvenes que viven en pareja, las mujeres jóvenes continúan presentando una mayor presencia en hogares con menores, incluso fuera de la vida conyugal. De este modo, los hallazgos ponen en cuestión las lecturas que interpretan la postergación de la vida familiar como una liberación homogénea de restricciones, mostrando que las responsabilidades de cuidado tienden a reconfigurarse más que a desaparecer, operando como una condición estructural de partida que anticipa desigualdades posteriores.

En relación con la inserción educativa (apartado 4.2), los resultados confirman un proceso sostenido de expansión de la escolarización juvenil, particularmente en la finalización del nivel secundario y en el acceso al nivel superior. Este avance coincide con diagnósticos regionales que destacan la ampliación del sistema educativo como uno de los principales logros de las últimas décadas. No obstante, el análisis empírico muestra que esta expansión convive con límites estructurales persistentes. Una proporción creciente de jóvenes completa el nivel secundario sin lograr transitar hacia el nivel superior, y la lectura generacional evidencia que, en las cohortes más jóvenes, la finalización efectiva de las trayectorias superiores enfrenta mayores dificultades. Estos resultados matizan los enfoques que equiparan acceso con logro educativo, y refuerzan la idea de trayectorias educativas prolongadas, intermitentes y desigualmente sostenidas.

Desde esta perspectiva, la evidencia pone en contrapunto los discursos que presentan la educación como un mecanismo autosuficiente de inclusión social. Lejos de constituir un igualador pleno, el sistema educativo aparece atravesado por procesos de selección y segmentación que reproducen desigualdades de origen social, confirmando que la expansión de oportunidades formales no altera automáticamente la estructura de oportunidades efectivas.

El análisis por género aporta un matiz relevante a estos debates. Los hallazgos muestran que las mujeres jóvenes presentan sistemáticamente mayores probabilidades de asistir al nivel superior que los varones, incluso controlando por origen social, edad, situación laboral y condiciones familiares. Este resultado confirma evidencias previas en América Latina y cuestiona el supuesto persistente de desventaja educativa femenina en la juventud. Sin embargo, los resultados también amplían este diagnóstico al mostrar que dicha ventaja educativa coexiste con restricciones estructurales significativas,

especialmente vinculadas a las responsabilidades de cuidado. De este modo, la mayor inserción educativa femenina no se traduce automáticamente en trayectorias de inclusión más estables, anticipando un desacople entre educación y empleo que se manifiesta con claridad en el análisis de la inserción laboral.

Las desigualdades de origen social emergen como el factor estructural más robusto en la explicación de las trayectorias educativas. El análisis multivariado confirma que el estrato socioeconómico del hogar continúa siendo el principal determinante de la probabilidad de asistir al nivel superior, con brechas amplias y persistentes que no se atenúan entre 2004 y 2024. Este hallazgo confirma los enfoques que señalan que la educación superior sigue funcionando como un mecanismo central de reproducción de la desigualdad de clase, incluso en contextos de expansión del sistema, y pone en cuestión las narrativas meritocráticas que subestiman el peso del origen social en las oportunidades educativas.

Por su parte, los resultados del apartado 4.3 muestran que la inserción laboral juvenil no puede interpretarse simplemente como un indicador de inclusión. Si bien una parte de los jóvenes accede al empleo, este acceso se produce en mercados altamente segmentados y, en muchos casos, responde a estrategias forzadas de supervivencia económica o de búsqueda temprana de autonomía. La evidencia confirma que el trabajo juvenil se inserta en trayectorias marcadas por la precariedad, la discontinuidad y la baja protección social. El contraste entre la mayor inserción educativa femenina y su menor probabilidad de trabajar, así como el carácter ambivalente de las responsabilidades familiares —que pueden empujar al trabajo, pero al mismo tiempo fragilizar las trayectorias educativas—, amplía los debates existentes al mostrar que educación y empleo no operan como esferas complementarias, sino frecuentemente en tensión.

Por último, los hallazgos sobre la exclusión socioeducativa (apartado 4.4) permiten interpretar la situación de no estudiar ni trabajar como una expresión concentrada de desigualdad estructural, y no como una condición transitoria o voluntaria. Si bien se registra una reducción agregada del fenómeno NiNi entre 2004 y 2024, esta mejora convive con fuertes desigualdades asociadas al origen social y a las responsabilidades de cuidado. La evidencia muestra que la probabilidad de exclusión socioeducativa permanece fuertemente estratificada, confirmando que los cambios temporales no modifican sustancialmente la arquitectura de las desigualdades juveniles.

De esta manera, los resultados del estudio confirman que las trayectorias juveniles en la Argentina contemporánea se desarrollan en un escenario de oportunidades ampliadas, pero desigualmente distribuidas. La expansión educativa, la postergación de ciertos hitos tradicionales de la adultez y la reducción parcial de la exclusión conviven con procesos persistentes de segmentación social, desigualdad de género y fragilidad laboral. De este modo, el análisis aporta evidencia empírica que confirma y amplía los enfoques estructurales de la literatura regional, al tiempo que pone en cuestión lecturas simplificadas que asocian mejoras en indicadores agregados con una inclusión juvenil efectiva. Estas tensiones constituyen un punto de partida central para la discusión final sobre las implicancias de estos hallazgos en términos de políticas públicas, desigualdad intergeneracional y modelos de transición hacia la vida adulta.

6. Bibliografía

- Abramo, L. (2021). *Las mujeres jóvenes en el mercado de trabajo: Desigualdades persistentes y nuevos desafíos*. CEPAL.
- Adrogué, C., & García de Fanelli, A. (2021). *Desigualdades sociales en el acceso y la permanencia en la educación superior argentina*. *Revista de la Educación Superior*, 50(199), 1–25. <https://doi.org/10.22235/pe.v14i2.2507>
- Argentinos por la Educación. (2024). *Acceso, permanencia y egreso en la educación superior en la Argentina*. <https://www.argentinosporlaeducacion.org>
- Becker-Bozo, M. (2025). *Intermitencia laboral y desigualdades de género en trayectorias juveniles urbanas*. *Revista CEPAL*, 135, 67–89.
- Bussi, M., Gagliarducci, S., & Parrotta, P. (2025). *Social networks and early career inequalities among young workers*. *Work, Employment and Society*. <https://doi.org/10.1177/0950017024123456>
- Chitarroni, H. (2005). *Los trabajadores jóvenes: Desempleo y empleo precario* (Material AEP014). Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO), Universidad del Salvador. <http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2018). *La inclusión laboral de los jóvenes en América Latina y el Caribe*. CEPAL.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2019). *La autonomía de las mujeres en escenarios económicos cambiantes*. CEPAL.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe, & Organización Internacional del Trabajo. (2021). *Coyuntura laboral en América Latina y el Caribe: El empleo de los jóvenes en la recuperación post-COVID-19* (CEPAL-OIT N.º 25). CEPAL/OIT.
- Fabrizi, E., Patriarca, F., & Vona, F. (2024). *Family background, education and youth labour market outcomes in Europe*. *European Journal of Industrial Relations*, 30(1), 45–63. <https://doi.org/10.1016/j.seps.2024.102097>
- Filgueira, C. (2001). *Estructura social, riesgo y vulnerabilidad en América Latina*. CEPAL.
- Filgueira, F., & Mieres, P. (Eds.). (2011). *Jóvenes en tránsito: oportunidades y obstáculos en las trayectorias hacia la vida adulta*. UNFPA, Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Maturo, Y. (2014). *Educación técnico-profesional y desigualdad social: Alcances y límites como estrategia de inclusión juvenil*. *Revista de Educación*, 363, 91–112.
- Pérez, P., & Busso, M. (2012). *Inserción laboral juvenil y segmentación del mercado de trabajo en la Argentina*. *Revista de Trabajo*, 8(10), 35–56.
- Recio Andreu, A. (2007). *Trabajo, personas, mercados: Manual de sociología del trabajo*. Icaria.
- Reguillo, R. (2010). *La condición juvenil en el México contemporáneo: Biografías, incertidumbres y desigualdades*. *Revista Mexicana de Sociología*, 72(2), 395–420.
- Repetto, F. (2013). *Políticas sociales y juventudes en América Latina*. CIPPEC.

- Salvia, A. (2008). *La cuestión juvenil bajo sospecha*. En A. Salvia (Ed.), *Jóvenes promesas: Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina* (pp. 11–30). Miño y Dávila.
- Salvia, A., & Tuñón, I. (2006). *Jóvenes y trabajo en la Argentina actual*. Observatorio de la Deuda Social Argentina, UCA.
- Saraví, G. A. (2010). *Transiciones vulnerables: Juventud, desigualdad y exclusión social en América Latina*. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 8(2), 917–932.
- Saraví, G. A. (2015). *Juventudes fragmentadas: Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. FLACSO México. <https://doi.org/10.14350/rig.59440>
- Sosa, M. L. (2020). *Aproximaciones sobre la incidencia del título técnico secundario en la inserción laboral juvenil en la Argentina*. Propuesta Educativa, 29(54), 104–120.
- Tokman, A. (2004). *Educación y crecimiento en Chile* (Documento de Trabajo N.º 289). Banco Central de Chile.
- Tuñón, I. (2008). *Jóvenes en contexto de pobreza: el tránsito por la escuela y su efecto en la capacidad de pensar proyectos personales*. En A. Salvia (Ed.), *Jóvenes promesas: Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina* (pp. 271–284). Miño y Dávila.
- Weller, J. (2006). *Los jóvenes y el empleo en América Latina: Desafíos y perspectivas ante el nuevo escenario laboral*. CEPAL.